

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.

PERIÓDICO SEMANAL DE BELLAS LETRAS.

PRECIOS DE SUSCRICION.

PARA ESPAÑA.	PARA EL EXTRANJERO.	PARA AMÉRICA.	PARA FILIPINAS.
Tres meses. 10 rs.	Tres meses. 24 rs.	Tres meses. 30 rs.	Tres meses. 40 rs.
Seis meses. 18	Seis meses. 40	Seis meses. 50	Seis meses. 64
Un año. 28	Un año. 76	Un año. 90	Un año. 112

NÚM. 1.º

Domingo 1.º de Marzo de 1868.

UN REAL.

SECCION 1.ª

EL INGENIOSO HIDALGO

D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE,
compuesta

POR EL BACHILLER AVELLANADO.

AL QUE LEYERE, Ú OYERE LEÉR.

Perdonarme háas, lector amantísimo, éste que es el mayor antojo que tuve en todos los días de mi vida, y de los mayores que se pueden tener, no por mí solamente, sinó por ti; pues si yó pequé por la audacia, pecaste tú por la gran curiosidad que tienes, y no has de negar, de saber las nuevas y sazonadas aventuras del Ingenioso Hidalgo de la Mancha. Y perdonarme debes tambien por la ocurrencia: pues qué, ¿no te parece que tiene algo, y aún algos, de chistoso éste mi libro, ántes de començar, sólo con intentar traer á nuestros días, porque viva, piense y júzgue en ellos, al mas concienzudo y limpio caballero que vieron ni verán los anales de las naciones?

Pues sobre lo de la conciencia y la limpieza (que no es poco), aún tengo otra disculpa de tomo y lomo; por que has de saber que há, no sé cuantos años, que rebulle en mi cabeza el pensamiento de esta obrilla, y para que me creas te daré por testigos á todos los contornos de esta Ciudad de Burgos, sus alamedas, bosquecillos, florestas y riveras de sus graciosos riachuelos, á las noches de muchos días y á los buenos libros de mi biblioteca, toda gente formal y que no dirá una cosa por ótra si la regláran todos los tesoros de Creso. Saben, así bien, este caso de que te háblo los pueblos de esta provincia, y ótros, que visité y estudié ántes de escribir, no al vapor, como muchos sue-

len, sinó en álas de una modesta hija de caballo y rocinuela, que me condujo santa y sesudamente como á definidor de convento; y cuenta que era la empresa tan llena de tropiezos y tropezones como no habrá ótra. Ni ignoran lo que te cuento muchas corporaciones y ciudades, ni muchos asuntos que medité, ni muchos cargos que sobrellevé, ni muchos sofiones que sufrí, lo peor de todo, de gente tan literata, que jamás vió letra alguna, digo de éstas que andan en libros para el estudio; pues tú, lector de mi alma, no puedes imaginar, por mucho que quieras, lo que es vivir en China, donde no entiendes los usos ni las palabras, ni te entienden una sola frase de las que dices, y tomar siempre el rábano por las hojas. ¡Válame Dios, y quien me diera á mí ahora el pincel de Apeles y la lengua del bendito Granada para decirte aquí, y pintarte como es necesario, lo que son las pisadas, empellones, trompicones y laberintos que sufre él que vá por su camino tranquilamente de tantos y tantos como corren, pululan, se abalanzan, se multiplican y se aparecen por todas partes para entrar, aunque sea de cabeza, en el trén, que siempre en marcha, ni aún siquiera dá el necesario espacio para sentarse?

Pues con todo y con éso, sábete que tuve la resignacion de esperar la edad del inmortal Manco de Lepanto para escribir estas palabritas que vas leyendo, que es el gran golpe de elocuencia que te tenia cuidadosamente reservado.

Además, se me venia la pluma élla sola á las manos al ver tanto chiste como tienen las cosas de mis tiempos, y escúchame que aquí se me ocurre contarte un cuento, que no he de poder callar aunque quisiera. Habia en mi lugar un limpia botas, que no se limitó nunca á su oficio, sinó que dió siempre en bullir en todo aquello que el tiempo ó la buena ventura le



presentaban; así que, desde el calzado subía al piso principal, cuando bien le venía, y así peinaba la cabellera al mas elegante caballero, como brillantaba perfectamente un par de zapatos. Pues éste tal limpia botas se molía la cabeza pensando y discurriendo sobre la iniquidad de no tener él un coche, y dispuso procurársele á la mayor brevedad posible, comenzando por dejarse ver por todas partes con los zapatos mas relucientes que tenía.

Y quiso la suerte que fué á mi pueblo con motivo de la fiesta del bienaventurado San Antonio, patron de la Villa, una compañía de farsantes, pues bien sabido es que no hay funcion sin farsa, y acudió tanta gente al pátio de las comedias, que era poco menos que imposible alcanzar un billete de asiento. Estaba, digo, el portalon de los farsantes tan lleno de gentes, que era del todo imposible penetrar por aquel embrollo de chaquetas y de capas por más que el mismo Sansón lo propusiera, cuando llegó á comprar una luneta el limpia botas. El cual dirigiendo desde el principio una mirada á la rejilla del despacho, présto conoció lo que le convenia, y dejando á un lado las consideraciones y las súplicas, gritos y demandas que todos dirigian al vendedor de los billetes, se arrojó como cachalote sobre aquel mar, y derribando á éste, desbaratando á aquél, pisoteando al ótro, deshaciendo los sombreros de todos, ocasionando más daños que una peste, y provocando más desorden y alboroto que el mismo escándalo, logró al fin agarrarse de los hierros de la rejilla, puestos los zapatos sobre tres ó cuatro prudentes vecinos, y de este modo compró su luneta entre el diluvio de maldiciones que le lanzaban. Y así que tuvo en sus manos lo que ansiaba, viendo como muchos ótros pugnaban por hacer lo mismo, volvió él hácia la puerta del portalon con gran compás, tono, flema y prosopopeya diciendo amenudo y en voz ála: «¡Órden, Señores! ¡No hay que atropellarse ni azorarse, por motivo alguno! ¡Poco á poco y con el juicio que corresponde, que este es un barullo inaguantable! ¡Órden, Señores!»—Y dicen que este limpia botas llegó á arrastrar coche.

Y tén paciencia, por amor de Dios, lector benigno, que se me ocurre otro caso que referirte. Tratábase en cierto pueblo de proveér la plaza de alarife y se presentaron dos aspirantes solamente, ó si quieres que hable mejor, dos candidatos. Era el úno prudente y comedido y fió toda su suerte á la justicia de sus merecimientos y su carrera; mas el ótro, que debía ser más práctico, aunque se le alcanzaba poco de matemática, ni de la ciencia de levantar y restaurar los edificios, tomó cartas en el asunto tan perfectamente, que vino á tener todos los votos en

favor suyo. Llamó, pues, el Secretario del Concejo á entrambos pretendientes para hacerles saber el resultado de sus pretensiones; y despues de dar al práctico la plaza, dijo al ótro como se habia quedado sin voto alguno, bien que para el caso cualquiera aspirante era bueno, pues que en el pueblo nunca hacian cosa alguna los alarifes, y quien manejaba todo lo tocante á las obras era el barbero, que tenia mucho partido en el Concejo. Y dijo el aspirante malparado:

La otra noche en un lugarejo, Señor Secretario, bajó un labrador á oscuras á la cuadra con objeto de echar pienso al ganado, y al poco tiempo se hubo de oír tan grande ruido, que la esposa del labrador salió toda asustada á la escalera, preguntando á voces á su marido, ¿qué le pasaba? Á lo cual contestó á gritos el buen labriego: «Marta, bája présto una luz, bája el candil, hija mia, por que ha tirado *un coz* el buey grande rojo, y no sé si ha pegado á mí ó al poste.» Y con ésto el pretendiente no agraciado se salió sesudamente de la Secretaria.

Y así sentia yó tal gana y comezon de escribir un Don Quijote, que todos los dias en cuanto que me sentaba en la silla de la mesa de mi despacho, sin ser poderoso á contenerme, escribia maquinalmente en el primer papel que por allí se presentaba. «Aventuras de Don Quijote.» Y dió la broma en tal punto y término increíbles, que hubo procurador de Real Audiencia, anciano y ejercitado, que me devolvió un escrito mio, santiguándose cien veces, por que halló que comenzaba mi alegato; «Don Quijote de la Mancha, en nombre de Don Tonto de Capirote; en el pleito» & & lo cual, bien conoces tú que traspasa los limites de toda paciencia y sufrimiento. Y con todo éso, digo que esperé á mis cuarenta y ocho, disculpa tal, á mi juicio, y al de la almohada de mi cama, capaz de componer y de curar en estos dias la mas redonda calaverada que me presentáres.

Lo que no me ocupó ni un solo instante fué lo que tóca á la critica, pues lo he juzgado y lo juzgo niñería, habiéndonos dejado y establecido su ley bendita el Cielo, y siendo ignorancia más que estúpida el radicalismo. Esto podrá en mal hora ser cuestion para los hombres desalmados, que juzgan, no sé por que lógica, que les está cometida la facultad de inventar nuevas bases ó fundamentos sobre los que deba levantarse el edificio social, que desconocen; mas para él que tiene y goza seguro punto de vista, no hay ni puede haber cuestion ni duda, interin que el radicalismo no nos fabrique y muéstre otro firmamento, al menos, como éste que Dios hizo, en que tan altamente ván los órbes y las flotantes nubes de oro y fuego. Sóbres que el punto de vista de este mundo ha de estar fuera de él, y

mucho más elevado segun las matemáticas leyes de la perspectiva.

Pues que nada hay que pueda ni deba hacerse sin base, sin fundamento y sin objeto; ni dos hombres siquiera se proponen negocio alguno sin su prévia escritura bien razonada; apenas levaté mis humedecidos ojos al Cielo, bien ví que el Soberano Autor que tal órden y magnificencia dió á los ástros, no pudo dejar al hombre sin santas leyes; y las estudié, y púseme á meditarlas como es debido, y aún cuanto más las pienso más admiro y hállo.

Aquí tienes, pues, lector, mi númen, mi ley, ó cánon; y así como él que duda si lo que lleva escrito vá ó nó derecho, aplica á sus renglones una buena regla y con élla vá corrigiendo todo defecto, así yó llévo el Decálogo siempre conmigo y con él voy arreglando lo que he inventado; pues que la mano insuficiente del hombre facilmente se tuerce, y no está en sus solas fuerzas salir airosa. Mas no juzgues que en las cosas solas de hombres he de ser mentiroso, que se trata, y no menos, de hacer morir todo libro de caballerías, y yó sé que ándan muchos por el mundo.

Sálga, pues, del descanso á nueva vida el valeroso invicto caballero, terror de mandrines, favor de todo gran necesitado, que no es menor su falta en estos dias que en aquellos que cuenta el admirable Manco de Lepanto; mas ruégote, lector filósofo, que pienses que vine yó á los póstres de la mesa consumida, y ya fría la viánda, que ni tengo camino por donde echár, monte ni valle que recorrer que no esté ya andado y visto y repasado, y que ésta es reflexion sin fin ni cuento. Y que si son los tiempos ótros, los de ahora son tales, que les niegan poder ser epopeya, con lo cual ya te he dicho todo un libro.

Fáltame, todavia, lo del language que arreglé de estè modo. Cuénto entre mis pasatiempos el de fumar, mas sin regalo ni lujo, pues sabes que mi única vocacion es la de las letras, por más que han intentado zarandearme; y con esto conoces yá que no soy potentado; mas nunca me tentó el diablo del contrabando, y mira que es el Satanás mas endiablado. Lo de la Real Hacienda, ya mejor, ya peor, al cabo es tabaco, y sólo es hoja de nogal lo que dán los defraudadores. Apliqué, pues, lo del tabaco á lo de las letras, aunque me fálte caudal para fumar regalias. Cierito que en ésto el tiempo viene en mi ayuda, dado que no están las letras para alardes y no será malo que acierten á llegarse á algun estanco.

Y con ésto, adios, lector, que hartó abusé de tu paciencia, y á mas ver, que será en la funcion que tráigo entre manos. Pára bien mientes en

Don Quijote, que por ser viejo y experimentado caballero bien lo merece; y no pases de ligero sobre las palabras de Sancho, que es tan buen escudero para su amo, como para cualquiera caballero; sobre todo, por sus refrancicos tan naturales como aquellos, «que del dicho al hecho hay gran trecho, y no hay que pedir nunca peras al ólmo.» No exijas más de mí que lo poco que valgo, y no serás engañado con este libro.

Burgos 23 de Febrero de 1868.—Vale.

SECCION 2.^a

ROMANCES ESPAÑOLES;

LEYENDAS MUY AGRADABLES
DE NOBILÍSIMOS ASUNTOS DE LA HISTORIA PÁTRIA
PARA APACIBLE ENTRETENIMIENTO.

PRÓLOGO.

Estos, lector, que este libro
Te dá con mucha modestia,
Romances son españoles
Que claramente demuestran
Cuan rica es la pátria historia,
Cuanto hay que saber en élla,
Y, aunque yó no sé tratarlas,
Cuan hermosas son las letras!

Las amé desde la infancia,
Las ámo con preferencia
Á todos cuantos placeres
Me puede brindar la tierra;
Y quise, en cuanto yó puedo,
Unir la clásica escuela
Con ésta de nuestros dias
Bellísima donde quiera,
Por mas que otra cosa digan
Muchos duros de cabeza
Que se pierden muchos frutos
Por no salir de su senda.

Quisiera ser tan sabroso,
Que sin querer me leyeras,
Y tan nutrido en mis vérsos,
Que halláras siempre que léas
Una lección saludable,
Mía nó, de la experiencia,
Pues nada enseñarte puede
Mi ignorancia manifiesta:
Y, por fin, quisiera darte
Facilidad tan correcta
En mis versos, que leyeses
Sin saber que versos eran;

Pero es tanto lo que pido,
Que me ha de tener mas cuenta
Apelar, como lo hago,
Á tu gran benevolencia.

Otros son los que nacieron
Con tales dotes poëtas,
Á quienes concedió el génio
Remontarse por la inmensa
Extension de los espacios
Y mirar de allí su tema
De su talento debajo
Como obra simple y pequeña
Que dominan los recursos
De su sublime elocuencia.

Y tratando de su pátria
Y su historia predilecta
En esta Burgos dó escribo,
Aunque mi país no séa,
De esté modo volarían
Y hablarán de esta manera.

«De los desiertos del África,
Blanco manto de esa réyna
Adornada de azabaches,
Orlada de pérlas negras,
Allá de las ricas fuentes
Que al Nilo sus aguas llevan
Entre despojos de rocas
Y entre esqueletos de fieras,
Una áve el vuelo levanta
Abandonando las tierras
Que en el invierno la han dado
Abrigo, paz, subsistencia.

¡Ibis benéfica! ¡áve
Sagrada en todas las épocas
Que hasta el furor de los hombres
En todas partes respeta!
¿Á dó vás? ¿adonde márchas?
¿Por qué emigras? ¿qué deséas?

Entretanto yá del Átlas
Sobrepujando la cresta,
Con direccion fija al Norte
Volando vá la cigüeña,
Debajo de sí mirando
Del Sahára la triste tela,
De Féz las murallas bárbaras,
De errantes tribus las tiendas,
Los cáctus que inmensa costa
Entre corales conserva,
Y al grán Estrecho de Hércules
Altiva y potente llega.

Con lástima abajo mira
Fluctuantes las naves nuestras
En corrientes desastrosas,
Entre escollos y entre peñas,
Esponjas yá con los años,
Del mar á la cruda guerra,
Y la pátria de Pelayo
Á sus ojos se presenta
Con los montes de Granada,
De Sevilla con las huertas,
De Güad-el-kebir el rico
Con las llanuras espléndidas;
Con las galas de la Alhambra
Alicatadas, ligeras
Más que el vuelo de la ibis,
Con la hermosura y riqueza
De los campos cordobeses
Que pástan aquellas yéguas
Que el ráyo engendró, cual dicen
Las celebradas leyendas.

Poco á poco vá perdiendo
Su fragor Sierra Morena,
Sus torrentes y sus grutas,
Sus aduares y sus selvas,
Y yá la grave Castilla
Á sus pies vé la cigüeña.

De las Navas de Tolosa
Dejando la gran silueta,
Y la arriscada Toledo
La de las régias preséas,
Y Mántua la tumultuosa
La de las grandes contiendas,
Llega, por fin, ¡quién pensára!
Á esta Castilla la Vieja,
Cuya capital señalan
Esos dos conos de piedra
Calada, que aún no se sabe
Si están al áire ó en tierra.

Aquí de su nido amado
Los pobres juncos anhela
Quien tantas tierras y joyas
Miró con indiferencia,
Y pósa la amante áve
Sobre la torre de Huélgas.

¿Qué ha de hacer si esa es su pátria?
¿Si en ese nido de yerba
Nació en la estación pasada
Deliciosa y placentera?

Un nido en todo este mundo
Buscando vá la cigüeña

Que todo el órbe domina
Sin tener inteligencia,
Y no temáis que confunda
Con esta tierra otra tierra!

¡Dulce nombre de la pátria!
Sagrado y sublime emblema
Que hasta las áves del campo
Pregonan y nos enseñan!
¡Del corazon de tus hijos
Ara indestructible séas,
Y ánte nombre tan hermoso
No háya bandos ni contiendas!»

Esto haria un génio altivo,
Que tambien el génio vuela,
En este asunto bien árduo,
Sublime é inmenso tema;
Mas yó, pobre gota de água,
Que ha nacido de la niebla
Matinal de gris invierno,
Segun fué mi vida yerta,
Decir solamente puedo:

«¡Patria mia! porque véas
Que alguno del gran naufragio
Logró salvar su existencia,
Recibe este mi tributo
De amor en sencillas letras
De limpio corazon hijas.
Si bien de póbres cabeza.

Si mérito tiene alguno
Haber conservado ilesa
El álma entre estrago tanto
De ambiciones y misérias,
Por ser muy dificultoso
Tuyo siempre y sólo séa,
Que corazones tú quieres
Dotados de independéncia.»

Con élla conoce el hombre
Que la álma naturaleza
Á entendimientos gastados
Sus secretos nó revela,
Pues el hombre vino al mundo
Á sácras leyes eternas
Sometido, y nunca es árbitro
De hacer aquello que quiera,
Si lo que quiere no es justo
Y no se aviene con éllas;
Que no es capaz de inventarlas,
Y si tál dado le fué,ra,
Quedára muy por debajo
De las que se encuentra hechas,

Por ser tan corto su alcance
Que ni áun alcanza á entenderlas.

Peró desde que sensato
En esa armonía éntra
Del Universo, formado
Por tan álta Providencia,
Á porfia cuantos séres
Le componen y le pueblan
De sus inmensos tesoros
La úrna le manifiestan,
Y ésa es la gran poesía
De la verdad compañera,
Que la mentira es mentira
Por mucho que la embellezan.

¡Desventurados de aquellos
Que sus talentos empléan
Y el poder inestimable
De las artes y las ciéncias
En vaciár los corazones
Por llenarles de flaquezas,
De pasiones en desorden,
Y de excesos é imprudencias,
Añadiendo el atractivo
De los versos á su escuela!

Mejor es ver de los hombres
Las virtudes y excelencias,
Y buscarlas en la historia,
Y escribirlas á lo poëta,
Para que los venideros
Y presentes, conociéndo las,
A tan digno fin dirijan
Sus talentos y sus fuerzas,
Recobrando las que roba
El mundo con tal frecuencia.

¿Para qué enseñar á nádie
Tropiezos que no se venzan,
Y vicios que no se déjen,
Y males que no se quiébran,
Si con verse cada úno
Sabe tanto en la materia
Sin que nadie mas le diga
De lo que olvidar quisiera?

Halagando las pasiones
Ni naciones hay ni poëtas;
Sin energia de álma
No hay victorias en la tierra.

¡Ahí, vosotros los génios
Privilegiados! en esa
Vuestra mision tan sublime
Trabajád con insistencia;

Que nosotros que arrastramos
 Por el suelo á duras penas
 No hacemos más que envidiaros
 Vuestro acento y prepotencia.

Diéranme á mí vuestro númen
 Y cantára las proézas
 Del Caballero del Cárpio,
 Del Rey de Santa Gadéa,
 De Cataluña en Oriente
 La trascendental empresa,
 La de Wamba, y ótros tantos
 Que este volúmen recuerda,
 Cual lo pide del asunto
 El valor y la grandeza;
 Y no te diera romances
 De esta mi triste cosecha
 De la talla y la medida
 De mi persona modesta.

¿Cómo he de dar á mi asunto
 El vuelo de la cigüeña,
 Por mas que váya á mi pátria
 Volando de luengas tierras,
 Buscando por todo el mundo
 Un nido que se me queda
 Huérfano en el largo invierno
 De recuerdos y de ausencia?

Así que, sólo he intentado
 Decir lo que sér debiera,
 Por que mi voluntad pura
 Conozcas y mi modestia,
 Miétras que del gran Quijote
 Las otras hazañas nuevas
 Te doy en muy breves dias,
 Si es que el Cielo así lo ordena.

SECCION 3.^a

COSTUMBRES, FILOSOFÍA, CRÍTICA.

LAS DISTANCIAS.

¿Cuánta distancia hay desde aquí hasta Peking! Tanta
 cuanto sea la ignorancia que tengamos de la Capital de los
 chinos. La ignorancia es igual á la distancia.

El ignorante todo lo vé lejos: sus años son siglos, sus dias
 años.

La distancia es la region de la fábula: por éso los primeros
 tiempos de las naciones profanas están habitados por Hércules
 y Teséos.

El vulgo llena la distancia de brujas, de duendes y de en-
 driagos.

El tiempo mas lejano que alcanza la vista del hombre le-
 trado es la edad de oro: la edad de oro del pueblo es Jáuja.

El úno llena su fábula de poesía, el hombre material de jamon
 y de chorizo.

Por éso los ferro-carriles y el telégrafo han acabado con
 las brujas; y por éso (ésto se dice callandito) el siglo décimo
 nono tiene tan poca poesía.

Los materialistas del siglo pasado eran los anteojos de más
 aumento que se han conocido. Hubo filósofo de ésos que al
 llegar al Egipto dió á los monumentos del país unos centenares
 de miles de años de antigüedad.

En las regiones remotas háy siempre patagones que tienen
 más estatura que Gólias: Cervantes traía sus gigantes del Im-
 perio de Trapisonda: para ver cosas grandes no háy nada como
 hablar con viajeros del otro mundo.

Esto se vé muy bien en el pueblo.

—Juan, ¿estuviste en Madrid?

—Estuve, Perico, y no gustóme.

—¡Hombre! ¿por qué no gustóte?

—¡Mala páscua para él! ¡y ésu dicen que es la Corte de
 España! Un lugaronazu sin provechu.

Asi habia de ser: en su distancia, es decir, en su ignoran-
 cia de la Corte, Perico habia pensado que las casas de Madrid
 tenian los cimientos en las nubes y los tejados en la bodega.
 No hay arquitecto tal como el no saber.

Y consiste en que el dueño de esta casa que llamamos
 cuerpo es señor de otro país mas noble y álto; y como el fa-
 bricante de las cosas materiales es el cuerpo, la óbra no llega
 nunca á llenar los deseos y concepciones del señor.

—Don Eduardo; quiero decirle á usted un secreto impor-
 tante.

—¿Y qué es, Señor Don Enrique?

—Que las matemáticas son mentira.

—Don Eduardo péga ahora tal puñetazo sobre la mesa,
 que todos los adminículos de élla suenan al besarse como una
 sarta de campanillas.

—¡No hay que incomodarse! Usted me ha dicho que la
 casa que estoy haciendo, y usted dirige, costaba cerrados
 cuarenta mil duros; van gastados cincuenta mil y el fin de mi
 casa está todavía tan remoto, que me parece el fin del mundo.

—Es que no le dije á usted la verdad por no asustarle y
 retraerle.

—¡Mentira bonita, amigo mio! Usted echó sus cuentas lo
 mejor que pudo; mas todavía, están muy bien ajustadas; mas
 aún, usted añadió una partida de imprevistos muy decente, y
 la obra se ha reido de los tres; á saber, de usted, de mí y del
 cálculo. Y usted es un arquitecto de mucho provecho y de toda
 mi confianza

—¡Hombre, si estas cosas....!

—Alto ahí, Señor Don Eduardo. Las matemáticas son y
 no pueden menos de ser exactas; pero las matemáticas solas;
 las que el álma vé y calcula; mas como esas señoras, muy
 buenas y muy sábias, tienen que explicarse con el cuerpo y
 por el cuerpo; este torpon de todos los diablos lo écha todo á
 perder.

Un peón se deja caer un cesto de yeso; la medida dá de
 sí; el cantero hace de las suyas; las horas y los hombres tie-
 nen cierta elasticidad. Por ejemplo; cuando usted vé al obrero
 y le vigila las horas se alargan; en caso contrario pasan al
 estado de gas y desaparecen; propiedad fisica insoportable.
 Los carros que se cargan en la obra pueden, si se empenan,
 cargarnos muy pronto á usted y á mí, y al mismo tiempo ali-
 viarnos del peso de nuestras gabetas: los jornales son de un
 valor incalculable; y finalmente, por la ley de afinidad y
 atraccion de los cuerpos puede suceder que uniéndose muchos

dén de sí un tercero, que no seámos ni usted ni yo, pero que sea la obra toda, y aun el dueño de la obra, y no de piedad. ¡Con lo que Periquito se hizo fráile, y véa usted que demonio de vocacion!

Voy á decir otra terrible cosa. El amor es un asunto de distancia.

No háy que alarmarse. Jamás me ha parecido la mujer del teatro, del paséo, de la persiana, de los billetes, la misma que habla conmigo en el sofá.

Y es que la falta en él la atmósfera; es que la mujer necesita distancia. El cuerpo es un torpon de todos los diablos. Y este es el origen del maltratado tontillo, del estropeado miriñaque, del perfume, del color, del adorno en general. Este intrincado negocio no tiene más fundamento que aquel dicho sabido. «No hay hombre grande para su ayuda de cámara.» ¡La moda! ¡Cómo se habia de sostener sin fundamento tan antojadiza señora! La moda es la distancia.

Todo vicioso máta la distancia y se máta con élla: ¡origen tremendo del esplín!

¿Quiere usted hacer poético un asunto? ¿Quítele usted los límites, que son la geometría, véale usted de lejos; mírele usted por su lado mas bello ó mas sublime.

El poëta es una alquitara que está haciendo de restos de úva aguardiente, alcohol y éter.

Para hacer á una mujer objeto sublime, no hay mas remedio que hacerla virtuosa hasta el heroísmo. Un ser moral.

Y lo mismo sucede con el poëta.

El siglo XIX, que tal sabiduría alcanzó, si se hace heróico de ese modo es el siglo de los siglos.—Amen.

Don Quijote no vió á Dulcinéa. Si la vé..... si la trata..... concluyó Don Quijote.

¿Por qué este orientalismo de la España? ¿por qué su afán aventurero, enemigo, casi, de la industria? ¿Por qué tanto poëta y literato? Porque todo lo vemos á distancia. He dicho una gran cosa sin saber lo que decia. La culpa tiene la pluma: digo, el periodismo. En mi pueblo todos me llaman «imaginacion calenturienta» y consiste en que en mi lugar viven mucho únos con ótros.

Ponga usted al Edipo en escena en una sala y verá usted lo que sale.

Así que mi vida se reduce á decir á todos los hombres y á todas las cosas; «¡Háganse ustedes mas allá» y sólo así me hálo bien. En la apretura háy siempre mal olor.

¿Qué es el Carnaval, que es aquello de que queria hablar y se me habia olvidado? Distancia.

Una barba de mujer ha vuelto loco á mi amigo en un báile de máscaras. ¡Y ya ven ustedes lo que puede ser una barba! Una barbar... estaba por concluir y no quiero.

Digo una barba, porque la careta no dejaba ver más.

¡Si supieran ustedes lo que aquel hombre supuso comenzando por una barba! Pegó á élla una boca!... unas narices!... unos ojos!... una frente!... unas cosas!... La careta es la distancia de las distancias, y el carnaval el reinado de la distancia, que no ha de desaparecer nunca. Y por éso no le suprimirán todas las leyes del mundo. ¿Qué deja usted aquí si se quitan las distancias?

Napoleón se fué á Egipto sólo por irse lejos. Y otro tanto pasó á Alejandro, á Ciro y á Colon.

El buen tono es la distancia; la vida sin él imposible.

Un pintor, muy querido mio, estaba buscando siempre color de nada, que le hacia falta, para colocar detrás de él, sin borrarlos, y muy léjos, los objetos de los cuadros que pintaba.

Desde el raso de la careta de carnaval hasta el cútis de la cara que cubre háy tanta distancia como desde Madrid al planeta Vénus. Quítese usted la careta para cenar y Vulcano, hijo de Júpiter, se volvió herrero.

Por eso la buena careta no vá jamás al ambigú. Los hombres en general van á los báiles á cenar. Esta es moda de ferro-carril.

Sin ir mas allá: ¿quién vá ya á Tetuán á por monas? Tetuán en pocos años se ha venido hácia acá cuarenta millones de metros, y estaba allá,... allá,... allá..., yo no sé donde.

Un lego, á quien todos estaban fastidiando en el convento, no hacia mas que contestar: «Ya vendrá el P. Provincial.» Deseándolo estuvo veinte años, y he aquí que llega el deseado, anhelado, el ansiado padre.

—¿Con que ha venido? decia el pobre lego.

—Sí, hombre, sí, mírale, mírale.

—¿En dónde?

—Allí, allí, aquel que viene tan formalote.

—¿Si no le véo! (Al lego le duraba la distancia.)

—¿No ves á aquel que está juntito con el Guardián?

—¿En efecto! pero hombre ¡si es un fráile!

—Y lo mismo fué decir ésto que volverse á la cocina.

R.

EL NUDO GORDIANO.

Górdio, rey de Frigia, era un monarca rústico, pero bien intencionado y sábio.

Los frigios anhelaban un rey mas fastuoso.

Con el fin de conseguir su objeto consultaron al oráculo.

El oráculo dijo: «Abrid el témplo mañana más temprano que nunca: hacéd rey al primero que éntre en el témplo.»

Górdio, ignorante de todo ésto, llevado de su piedad, fué á orar al témplo ántes que ninguno.

Al sér aclamado nuevamente el rústico monarca colgó en el témplo las riéndas del caballo del carro en que habia sido conducido á la sagrada mansión, para perpétua memoria.

Tal lazo formaban aquellas riéndas y tal nudo, que fué juzgado imposible de deshacer.

El oráculo exclamó: «Se apoderará del réino el que desate ese lazo.»

Alejandro le hizo pedazos con su espada y se apoderó de Frigia.

Los nudos de la antigüedad se desataban de esa manera.

El Nudo Gordiano, sin embargo, no es para tratado á golpes.

Es un bellissimo y significativo emblema, más filosófico que nuestro juego de alhambre, hoy tan en boga.

La Grécia era filosófica hasta en sus diversiones.

¿Pueden marcar éstas el espíritu de todo un siglo?

El aguijón del mosquito

Levanta róncha terrible,

Pero es mas irresistible

Del hombre el fiero aguijón:

El mosquito siempre avisa,

Si bien á picar se atreve;

Pero el hombre es mas aleve,

Que pica y hiere á traicion.

—¿Qué haces carcoma incesante
Que siempre te estoy oyendo?
—Vóy royendo, vóy royendo
Por cumplir con mi deber.
—¡Negra suerte fué la tuya!
—La misma tuya, y no es broma;
Úno de ótro es cruel carcoma
De este mundo todo sér.

SECCION 4.^a

VARIETADES.

VERSOS DISLOCADOS.

Componéd cuatro versos de Don Francisco de Quevedo con estas 24 palabras.

Rodaja desvanece si la cúbreme
Á pocos concedió la cúbreme el tino
Detener de también tal vez fortuna
Se desgaja la y poder divino.

CHARADA.

1.^a y 2.^a

Es una de las cosas mas agradables que puede oír el deseo. Figuráos un anhelo que comienza á cumplirse; la puerta del porvenir que quiere hacer os páso.

Yó, si representase esta charada, figuraria el templo de Eléusis y un iniciado ya en alguno de sus misterios que acaba de escuchar del sacerdote una expresion consoladora.

En el interior del sagrado recinto se vén todos los portentos de la imaginacion mas ardiente y entusiasta; el ánsia que devora al aspirante descompone su rostro, y adelantando los pasos impacientes el neófito se halla en camino de alcanzar lo que por tanto tiempo ha estado esperando. Le sonríe la dicha en el umbral de su palacio.

5.^a

Es preciso, para encontrarla, trasladarse á las selvas asiáticas y aspirar el aroma de aquellas natales vivificantes áuras. Allí se vén los admirables efectos de mi tercera, que reveréncia el hijo de aquel país privilegiado. Nosotros les percibimos como éco de gran distancia solamente; como voz que se pierde en el espácio.

4.^a

El mundo camina á la unidad; pero mi cuarta, en union de cuantos elementos conspiran en sentido contrario, es un verdadero agente de disolucion. Nada le agrada: es un displiciente desalmado. Diríase que es la estampa del mas melancólico desdén. No busquéis para él placeres, no halla encanto ni ilusion en nada.

5.^a, 6.^a y 7.^a

Son el lenguaje de la cobardía y del mal amor propio. La careta de un carnaval, el traje de la bajeza y de la lisonja. El recurso de los miserables.

EL TODO.

La cosecha del demonio. Es un ladron astuto que os roba el mayor de los tesoros. Es una especie de sueño despierto que os rehace y os alienta. Un bálsamo que os consuela en

vuestros trabajos. No habléis de él á las niñas, que os han de arañar con ámbas manos.—No créas jamás, lector, mi tercera y mi quinta, sexta y séptima.

Un búque navega por el Atlántico y vé á lo lejos sobre la sábana de los mares y el óro del Oriente un objeto que flota sobre las aguas. Para barco es mucho y también para monstruo marino que sáque su cabeza sobre las óndas. El búque se acerca, la tripulacion sóbre cubierta se descubre, dispara un cañonazo y prorrumpe en úrras incesantes. Es que ha encontrado uno de los mas sublimes monumentos del universo; es que se halla al lado de la torre flotante que señala el sitio en que se rompió el primer cable trasatlántico, que restablecido ya, úne á un mundo con el ótro. La union material preságia la union intelectual y la moral. No puede ser sordo el hombre á la voz de la ciencia y de los cielos. Tantos descubrimientos é invenciones avisan que este es el carácter de la época que nos tocó por suerte.

¿Quién habia de presumir un monumento en la soledad del Océano? Yá el mar es el lecho en que descansa la inteligencia y sus ántros no son mansion sola de monstruos. El Atlántico furioso hizo saltar la primera arteria; pero ha sido dominado por la segunda. ¡Precioso monumento!

Problema á resolver que proponemos al público, cuyas respuestas insertarémos con tal que sean córtas y nutridas.

¿Qué es lujo? ¿debe tolerarse?

Quince días para responder.

Preguntas á quien quiera responderlas.

Se admiten cuantas se remitan.

—¿Es fabuloso el principio de la Historia de España que escribe el Padre Mariana?

—¿Para qué sirven los cometas? ¿Qué es el anillo de Saturno? ¿Para qué sirven los satélites?

—¿Por qué son verdad los refranes?

—¿Por qué es la música la reina de las artes?

—¿Por qué tantos llevan anteojos de cristal natural?

—¿Quién es el mas feliz?

—¿Qué eran los Misterios Eleusinos?

—¿Qué diferencia esencial existe entre la antigua y nuestra literatura?

Cénro de suscripciones en Madrid: la casa del Sr. D. Leocáδιο Lopez, calle del Cármen, núm. 29.

Los Señores del comercio de libros y particulares que deséen números de este periódico dirigirán sus pedidos á la Redaccion, Avellanos,—3-2.^o—Burgos, librando el importe.

Cénro de suscripciones en Burgos, la casa del Sr. D. Timotéo Arnaiz, plaza del Mercado, núm. 47.

REDACCION—BURGOS—Calle de los Avellanos, núm. 3-2.^o

DIRECTOR Y EDITOR D. José Martinez Rives.

BURGOS: IMPRENTA DE D. T. ARNAIZ, Plaza del Mercado, n.^o 47.